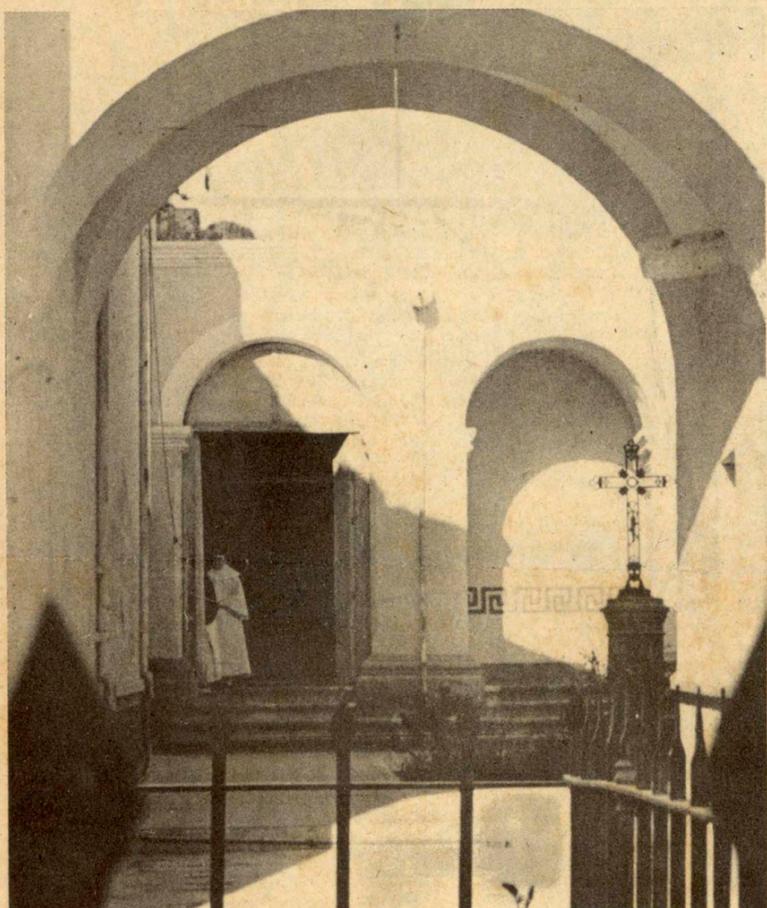


Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

## UNA VISITA A SANTA CATALINA DE AREQUIPA



A LA ENTRADA del claustro, zona modernizada, las monjitas se ocultan del ojo profano.



UNA PLAZUELA de la Arequipa del siglo XVI, conservada entre los muros de Santa Catalina tal y como fuera hace cuatro centurias.



POR ESTAS CALLEJAS anduvieron los españoles antes de que cinco solares de la villa fueran donados a las catalinas, amurallados y preservados.



LAJAS Y PAREDES de piedra volcánica, cuyo silencio sólo una licencia especial del arzobispado permite al turista interrumpir con sus pasos. Los narradores merecieron ese privilegio concedido a muy pocos.



UN ITINERARIO por el pasado sería convertir Santa Catalina en ciudadela del turismo.

EL gran muro cuadrangular del convento de Santa Catalina admite la luz tajante del sol y parece reverberar como una plancha de fuego. Detrás de esos paños tensos, el tiempo se ha detenido, los siglos demorados permanecen quietos y en silencio. SILENCIO ordena en grandes y rectilíneas letras la leyenda inscrita en el primer arco que el visitante privilegiado advierte cuando ha obtenido la licencia de hollar la clausura claustral de Santa Catalina de Arequipa. Silencio reina dentro, silencio de centurias congeladas, silencio de oración y recogimiento. Silencio, en fin, de libro.

### Del XVI al XX en clausura

MONSEÑOR Bernedo Málaga obtuvo del obispado el permiso indispensable para penetrar en el recinto. No es un recinto cualquiera. Su interés no radica en los tesoros tangibles que conserva, ni en el esplendor arquitectónico. Se trata de algo menos y, si embargo, de algo más. En 1599, cinco solares, alrededor de dos manzanas de hoy, de la ciudad española fueron brindadas a las monjas catalinas que en dicha fecha se establecieron en Arequipa. Y desde entonces ese trozo de ciudad permanece intocado.

Los cinco solares —casas, calles, plazuelas— fueron amurallados. La Orden es de clausura. Por entre el torno, la madre portera fue el único contacto con el mundo desde el siglo XVI hasta este 1965 de modernización de la Iglesia y el grupo de narradores con el cual el cronista atravesó el portón del convento es uno de los pocos integrado por profanos que ha atisbado esa isla de tiempo.

### El silencio traicionado

PORQUE eso es Santa Catalina: una isla que, no obstante los terremotos que han asolado el valle del Chira, testimonia el trazo urbano, la arquitectura primitiva, la vivienda familiar, la vida hogareña y comunal de la Arequipa de los siglos XVI y XVII. De la calleja llamada Toledo se desemboca a otra que se nombra Cádiz o Sevilla. Aquí una plazuela con su fuente, más allá el pilón que abastece la acequia límpida, ahí o acá los medios cántaros para fregar y apilar la ropa. Las casitas de habitaciones estrechas y grandes cocinas, de techos bajos defendidos por tejas oscuras y las bóvedas agujereadas para asumir el humo, las paredes de sillar enlucido y las puertas y ven-

tanías celosas, son documentos, monumentos. Los pasos de los turistas suenan demasiado mientras la campanilla de Sor María del Mar, la Madre Priora, anuncia a las enclaustradas la proximidad de los extraños. Ellas —son treinta y cinco, la mayoría andaluzas— huyen con revoleo de faldas pesadas, de pies sigilosos.

Monseñor Bernedo Málaga, historiador de Arequipa desde los antecedentes pukinas de la región, explica los avatares de la casa —de la ciudadela, en verdad— son sabiduría, paciencia, cordialidad, y los intrusos queremos fijar en nuestras cámaras ese itinerario que es como un viaje hacia el principio de Arequipa. Fuera escandalizan las bocinas, las gentes van y vienen de sus asuntos, el movimiento no cesa, y aquí dentro de Santa Catalina, nuestros pasos, nuestros comentarios, nuestros atropellados desplazamientos para buscar el ángulo propicio a la fotografía, junto con la campanilla de la advertencia, traicionan el silencio.

### Las casas fatigadas

NUESTRO amable cicerone nos dice que las monjas entregarán esa insula —de la que la Corporación de Turismo del Pe-

rú podría hacer algo así como el Barrio Gótico de Barcelona o como el itinerario nocturno de Toledo— a cambio de un edificio nuevo que se construiría en la huerta. Sor María del Mar confirma la información. Nos interrogamos por qué no se consuma el acuerdo, sobre todo cuando por acción de los años de años que resisten las casitas que formaron parte de los cinco solares ya comienzan a mostrar su fatiga secular.

Ya salimos. La advertencia insiste: SILENCIO. Cruzamos la puerta de la sala del torno, el patio que antecede al portón, el umbral que franquea a la calle. El sol inicia su crepúsculo de rojo sangre con encarnados tintes. En la ciudad, el dinámico, contradictorio, complejo siglo XX se ilumina con avisos, resuena con fragores motorizados, circula con la prisa de llegar antes para vender o comprar. Tras el gran muro de Santa Catalina la máquina del tiempo introverso contradice calendarios y relojes. Emergemos del pasado como si, por la magia del azar, entre ayer y hoy sólo existiera aquella muralla que el Emperador chino creyó que podía preservar la eternidad de las miradas sin historia.

# ISLA DEL SIGLO XVI